



XI

EL « FLASH »

DURANTE la comida, que fué tan «opípara» como se la había anunciado en hipótesis don Adrián Pérez á su hijo andando hacia Pelechés los dos, tuvo Leto varias pruebas más de que el león no era tan fiero como le pintaban: hasta llegó á encontrarse muy á gusto encerrado en la jaula con él.

Porque ocurrió también la feliz coinci-

dencia de que apurado el punto de las opiniones pictóricas de Nieves, salió de golpe y porrazo don Claudio Fuertes diciéndola:

— En este mismo sitio y al oír á usted que la gustaban mucho los paseos marítimos, la prometí anteayer que no la faltarían medios de satisfacer ese gusto, si se empeñaba usted en ello.

— Y no he olvidado el compromiso, — respondió Nieves, — ni estoy dispuesta á perdonársele á usted.

— En hora buena, — dijo don Claudio Fuertes; y luego añadió volviéndose al hijo del boticario: — ¿lo ha oído usted, Leto?

— Sí que lo he oído, — respondió Leto. — Pero ¿por qué es la pregunta?

— Porque con usted va el cuento.

— ¡Conmigo?...

— Sí, señor, con usted; porque cuando yo hice esa promesa á Nieves, contaba con el balandro de usted, con la competencia náutica de usted y con la galantería de usted. Conque á ver si se atreve á dejarnos mal ahora con esta señorita y con su señor padre que no tiene otro afán que el de complacerla.

Bien poco trabajo le costó á Leto mostrarse cortés y hasta rumboso en aquel particular; porque precisamente el balandro, sus condiciones marineras, sus hechos y valentías y las altas prendas del generoso amigo que se le había regalado, eran los temas de conversación que más le agradaban; los únicos acaso con que se dejaba ir, hablando, hablando, al sosegado curso de sus ideas, sin la menor protesta de aquel diablillo psicológico que se lo echaba todo á perder cuando sus elogios ó sus juicios recaían en cosa nacida de su cacumen, ó, aunque propia, no tuviera consagrados los méritos por otro juicio de indiscutible autoridad. ¡La maldita desconfianza! Habló, pues, del balandro durante una buena parte de la comida, después de ponerle y de ponerse él mismo á las órdenes de Nieves para dirigirle; de la hermosura y comodidad de la bahía para voltejear en ella, con una brisa bien *entablada*, las personas que se contentaran con poco; de la intensidad de este mismo placer recibido en alta mar; del inglés, su amigo, con quien tantas veces le había gustado; de su

destreza, de su valor, de su carácter... hasta habló algo de Cornias, porque fué de necesidad que hablara de él. Cornias era un mozo pequeñito de cuerpo y bizco de ambos ojos, nacido y criado en Villavieja. Desde muchachuelo anduvo en la botica para ciertos menesteres mecánicos. Entendía algo de cosas de la mar, porque era hijo de un pescador y de una sardinera. Cuando Leto tuvo un bote, Cornias se le cuidaba y le servía de marinero. Era listillo y valiente; y en cuanto llegó el balandro de Inglaterra, por recomendación de Leto se encargó de hacer en él los mismos servicios que en el bote. Si Cornias estaba entusiasmado con aquel barco tan hermoso, el inglés estaba chocho con Cornias, por su tipo, por su afabilidad y por su inteligencia para aprender las maniobras. En poco tiempo se puso al corriente de todo y en aptitud de manejar el balandro tan guapamente: le quería como á las niñas de sus ojos. A la fecha del relato, Cornias, sin dejar de ser *plaza de á bordo*, continuaba siendo obrero de la botica y sus accesorias; y lo mismo empuñaba la maza del mortero

para moler cantárida, con la boca y las narices tapadas con un pañuelo, ó á cara descubierta crémor ó mostaza, y el mango de la azadilla para *arropar* la belladona, el estramonio y la cicuta que cultivaba el boticario en su huerto, que envergaba la mayor ó encapillaba un obenque. No bebía ni fumaba, ni podía resistir calzado, ni gorra, ni chaqueta. Ordinariamente no llevaba más prendas sobre su cuerpo, que la camisa y los pantalones, con las perneras remangadas hasta la pantorrilla y las mangas hasta el codo; y así y todo, Cornias resultaba limpio y simpático. De honradez y lealtad no se hablara, porque se le podía entregar á ciegas oro molido. Se le llamaba y conocía por aquel mote, porque era bizco. *Cornias* era una corruptela ó degeneración, forzada por los muchachos de la playa, de la palabra *bizcornio*; y por Cornias respondía olvidado ya de su nombre de bautismo.

Después de hacer Leto, y no sin gracia, este esbozo de su marinero, ratificado por don Adrián que le quería mucho como sirviente de su botica, volvió sobre lo ya

tratado. Se podía navegar en su balandro con la misma confianza que en un navío de tres puentes. Se convencerían de ello en cuanto le vieran, como habían de verle muy pronto. Nieves no lo ponía en duda; su padre, así así; don Claudio negaba esa seguridad hasta en el navío de tres puentes; y en cuanto al boticario, tenía las pruebas de lo afirmado por su hijo, en que había hecho éste con su balandro, doscientas veces, mucho más de lo sobrado para que á la primera se quedara en la mar, por los siglos de los siglos, cualquier otra embarcación de igual calibre.

Como la comida fué abundante y se habló mucho y sobre muchas cosas, la sesión fué larga y muy entretenida; de modo que cuando don Claudio Fuertes y don Adrián Pérez dieron los últimos *latigazos* á la última de las respectivas copas que don Alejandro había ido sirviéndoles con el café, era ya muy bien entrada la tarde; á Nieves, ausente del comedor rato hacía, la calzaba su doncella sus *brodequines* de campo, de fino becerrillo sin teñir, y la brisa seguía fresca y bien entablada, por

lo cual no molestaba fuera el calor, aunque el sol lucía sin el estorbo de una sola nube. Teniendo esto en cuenta, sólo aguardaban los del comedor la vuelta de Nieves para salir con ella á hacer la proyectada visita al balandro de Leto, número primero de los del programa dispuesto para aquella tarde.

Nieves no se hizo esperar mucho; y cuando apareció á la puerta del comedor poniéndose los guantes y con el sombrero algo caído sobre los ojos, muy ajustado el talle y con un clavel en la boca, su padre la vió un instante con el mismo ojo suspicaz y alarmista que en la memorable ocasión de presentársele en Sevilla, recién vestida para ir á retratarse. Pero ¡qué diferencia de escenario, por más que las dos escenas fueran semejantes, casi idénticas! Allá, la atmósfera viciada y corruptora de una gran capital; en Peleches, los horizontes sin límites; el aire puro y saludable del campo y de la mar; las tentaciones de claudicar, en la ciudad á cada vuelta de esquina; en aquellas soledades grandiosas, ni aunque se buscaran con un candil... Y no lo pudo remediar el buen Bermúdez:

poseído de su tema y encantado de verse donde se veía, el mejor punto de la tierra para ponerle en ejecución y dormir tranquilo al amparo de su milagrosa virtud, tomando pretexto del rumor y el aroma de la brisa que circulaba por todos los ámbitos y resquicios de la casa, cantó un himno de admiración á la augusta Naturaleza, y largó por final de él el *sorites* de costumbre al comandante y al boticario, mientras Leto daba el brazo á Nieves para bajar la escalera.

El camino elegido para ir al muelle fué el del Miradorio; y por él tomaron los cinco en el mismo orden en que habían salido de casa: Nieves y Leto delante, é inmediatamente después los tres señores graves: el de Pelechés en medio. Desde lo más alto del sendero, contempló Nieves la mar y cuanto se abarcaba con la vista hacia la izquierda; y se le ocurrieron algunas cosas buenas, particularmente sobre la mar. A Leto no dejaba de ocurrírsele algo también; pero temiendo que fueran majaderías, se limitó á glosar un poco las ocurrencias de Nieves; la cual, en una de éstas y por apre-

tarle demasiado con los dientes mientras hablaba, cortó el rabillo del clavel. Leto le recogió del suelo tan pronto como cayó, y se lo quiso devolver á Nieves...

— No sirve ya, — díjole ésta después de mirarle un momento: — puede usted tirarle, si quiere.

Y Leto, sin más ni más, le tiró por pura obediencia.

— Ya se ve el balandro, — dijo al mismo tiempo.

— ¿Cuál es? — preguntó Nieves.

— La única embarcación de aquellas cuatro, que está aparejada.

— ¡Cuánta vela tiene!

— Cuantas hay en casa. Cornias no se ha andado en chiquitas: todos los trapitos ha echado al sol... ¡Qué hermoso día de mar!

— Oiga usted, Leto, — le dijo Nieves muy en reserva y después de notar con el rabillo del ojo que no la oían los que venían detrás: — cuando estemos en el balandro y le hayamos visto, proponga usted á mi padre que demos un paseo por la bahía.

— Ya estaba yo en eso, — respondió Leto muy ufano.

— Y si papá consiente en ello, que sí consentirá, — continuó Nieves más por lo bajo todavía, — así, como á la descuidada, se va usted echando hacia la mar... ¿eh?

— Perfectamente, — respondió Leto, — y de ese modo iremos poniendo á prueba, poco á poco, la resistencia de usted para el mareo...

— ¡Oh! por ese lado, yo respondo desde luego, — dijo Nieves con gran confianza. — Tengo hechas buenas pruebas en Bonanza y en Cádiz, y no hay forma de que yo me maree.

— Pues tanto mejor entonces.

El muelle de aquel ignorado puerto se componía de un gran tablero rectangular, sobre una docena de pilotes achacosos que ya no podían con la carga cuando los ingleses de la mina los repararon convenientemente. Todo este artificio grosero estaba arrimado á un andén muy espacioso y firme, construído por la naturaleza, al cual venían á parar en uno solo, desde la anteúltima revuelta de la bajada, el camino de la mina, casi paralelo á la costa, y el sendero del Miradorio que

desde el punto de empalme se dirigía hacia el Sur.

Al llegar al muelle los cinco comensales de Peleches, Cornias quiso atracar el balandro, que estaba separado cosa de dos ó tres brazas, á la escalera de embarque, bien corta entonces porque la marea estaba muy alta; pero Leto le hizo señas para que no le moviera de allí. Tenía el balandro la bandera con corona real, en el pico, y un grimpolón azul con una F blanca, en el tope. Con todo el trapo desplegado y las escotas en banda, flameaban las velas al recibir el viento, y se oían desde el muelle sus restallidos ó *gualdrapazos*. Cornias se había excedido algo de las órdenes recibidas: bien que el balandro tuviera en aquella ocasión cada cosa en su sitio, pero no tan á la vista; entre otras razones, porque el gualdrapeo de las velas desplegadas, tras de producir balances al barco, hacía trabajar al palo inútilmente. Pero Cornias, que tenía el entusiasmo de todo ello en conjunto, pensó acertar mejor ostentándolo de una vez en hora tan señalada. Error del pobre muchacho. El corcel

de buena sangre, para lucir su gallardía, ó en pelo y en libertad, ó bien arrendado por su jinete. Entendiéndolo así Leto, á una señal muy expresiva y cuatro palabras enérgicas enderezadas á Cornias, fué el balandro recogiendo todas sus lonas, como la gaviota sus alas al posarse blandamente sobre la onda marina.

— Ahora se ve mejor el casco en toda la pureza de sus líneas, — dijo Leto á los que le rodeaban, pero particularmente á Nieves que parecía la más atenta á la explicación que había comenzado á hacer.

Según aquella explicación de cuanto se veía desde el muelle é iba él señalando en el barquito, por iniciativa propia ó respondiendo á preguntas que se le hacían, el casco de su *Flash* (Centella) tenía la proa y la popa muy *lanzadas*, ó salientes, y era chupado de amuras (la cara de proa) y robado de codaste (pieza en que se articula el timón), es decir, en viaje hacia proa; casco, en fin, de los llamados *de cuña*, á la moda inglesa, de mucho calado. La ventaja de tener muy lanzadas la popa y la proa, consistía en que cuando la embarca-

ción *escoraba*, es decir, se inclinaba á una banda, los lanzamientos tocaban en el agua y aumentaban la longitud del casco, dándole mayor estabilidad, razón por la que los de esta clase ceñían mucho y viraban facilísimamente. Para la debida compensación de la finura y estrechez del vaso con la altura excesiva de su aparejo, el *Flash* tenía una zapata ó quilla postiza de plomo, sujeta á la verdadera con unas cabillas pasantes. Seguridad completa, absoluta, de no dar, *escorando*, quilla al sol.

Aquel espacio hueco, á modo de escotilla, que se veía en el último tercio de la cubierta, hacia popa, con bancos alrededor y reborde algo saliente que formaba el respaldo, técnicamente *brazola*, era el sitio para el que gobernara y personas que fueran con él. El agujero se llamaba el *pozo*; y el templete que se alzaba entre el emplazamiento del palo y el lado del pozo de hacia proa, con lumbreras á los costados y barritas de metal para protegerlas, era el *tambucho*, ó cúpula de la cámara que estaba debajo, bastante cómoda según iba á verse en seguida, porque ya no

había en el balandro cosa que mereciera ser explicada ni vista desde el muelle.

Atracóle á la escalerilla el diligente Cornias á una señal de Leto, y bajaron todos; Nieves de la mano del desconocido Leto; Bermúdez y el boticario muy á pulso, y don Claudio Fuertes protestando de que hasta allí y nada más. Cornias, según Leto le había pintado en la mesa, pero con pantalón blanco y camisa con lunares, si no nueva, recién estirada, aguantaba el balandro atracado á la zanca de la escalera, con las uñas hincadas en los tablones.

Saltaron á bordo de él los visitantes por la cabeza del último escalón descubierta; y al ver lo *descarado* que estaba el suelo aquel, que oscilaba además, todos, menos Nieves y Leto, se colaron en el pozo.

— Desengañense ustedes, — decía Fuertes sentándose, — que esto no tiene señal de juicio... ni los que andan en ello tampoco... ¡Ah! pues dejen ustedes que se inflen todos esos trapos y empiece el viento á enredarse entre ellos... ¡Ni san Pablo para aquí entonces sin romperse la crisma con algo ó echar los hígados por la boca!...

— Verdaderamente, — replicaba don Adrián guardando el equilibrio con los hombros, aunque era bien insignificante el balanceo, — que no se explica uno fácilmente ¡caray! tanto entusiasmo y tanta... eso es... como tiene ese muchacho... y como tenía su amigo por estas diversiones... Por de contado, señores míos, que esta es la primera vez en mi vida que me veo aquí... y tan á nuevo me sabe, eso es, lo que voy viendo, como á ustedes. Desde tierra he visto el barquichuelo este varias veces, unas quieto y otras andando... ¡y qué andar, caray! Vamos, ocasión hubo de volver la cabeza... por no verlo... Es la verdad, sí señor, ¡caray!

— ¡Digo, y eso usted, que es pez de la mar!... Pues ¡qué me pasará á mí que soy de los secanos de Astorga?

— ¡Canástoles — saltó aquí don Alejandro — con los valentones estos!... Yo no me trago á los hombres crudos, ni mucho menos; pero tampoco se me arrugan las narices por echar una cataplera por esas aguas allá.

— Por de pronto, mi señor don Alejan-